

EL DESENCUENTRO

(2º Lugar)

Por Livia Sedeño

a Clarisse Lispector.

Ella estaba en la cocina. Era ella misma, con su delantal, con sus cabellos cortos, cepillados hacia atrás, con su modo de tomar los objetos. La sartén que reposaba sobre el fuego en la hornilla derecha fue levantada por sus manos y colocada más allá. Era ella misma. Lo constataba atisbando desde la sala por la puerta de la cocina abierta.

Aunque no podía precisar claramente sus facciones alcanzaba a percibir su dureza. Una dureza estoica en apariencia agresiva en realidad. Resignada para no sufrir. Amordazada en contra suya. El lo aceptaba porque era mejor así porque si ella comenzara a gritar o si tan solo la viera triste podía iniciarse una interminable cadena hacia lo terrible. El no sabía, como nadie sabe, manejar los imponderables más cercanos.

Quiso preguntarle que habría de comer pero le pareció improcedente. La frase con que formularía la pregunta no se estuvo, como en una oquedad resonó en su cabeza varias veces, unida al estupor y a un fuera de lugar no ubicado, ¿fuera de dónde?, ¿colocado a dónde?.

Se entretuvo mirando los cuadros colgados en la pared de la sala. Los había colgado ella. Una foto que siempre le había gustado mucho lo detuvo. Sería cuestión de guardarla. A él le correspondería guardarla. Quitó rápidamente la vista de la foto, ¿cómo recrear esos pensamientos?.

Ella salió de la cocina con la vajilla en la mano y señaló con su cuerpo la redondez de la mesa. Su cuerpo caminando en torno a la mesa. La mesa quedó preparada. Los platos para los niños y para él. Como de costumbre ella esperaría a comer después. Regresó con los cubiertos en la mano.

—Los niños no vendrán a comer hoy—, le recordó él.

—Ah, sí, se me olvidaba—, contestó ella y retiró los platos

—Siéntate a comer conmigo.

—Sí.

Un viaje más a la cocina. Cada uno de sus actos tomaba representación verbal en el pensamiento de él, y aquella voz interior caricaturesca y meliflua que le había nacido varios días atrás dentro de sí, convertía en ritmos y distorsiones ruidosas cada paso, cada golpe dado por los cuerpos.

Comieron en silencio hasta que él se vió forzado a decir algo. "Te quedó sabroso el asado", le pareció haber dicho. No escuchó bien su respuesta. Algo así como que el sabor del tomate, o las alcaparras. No recuerda. También le habló de los niños. No regresarían hasta que ella avisara, cualquiera que fuera el caso.

Cuando terminó se puso el saco y le dio un beso antes de marcharse al trabajo, procurando no mirar sus ojos vacíos o más bien, procurando no enfrentar sus ojos llenos, al vacío de los ojos de ella.

Regresó tarde porque había mucho trabajo y por una cierta inercia. Prefirió llamar por teléfono antes de salir de la oficina para cerciorarse de si ya había regresado del médico. Nadie contestó y ésto le dio un margen de tiempo. Como quiera se entretuvo haciendo números hasta cerca de las nueve.

Sin embargo, cuando llegó a la casa, ella no había regresado todavía. Entró al cuarto. Su ropa de dormir estaba revuelta tirada sobre la cama. Siempre lo dis-

gustó encontrar así su ropa. Sin darse cuenta pensó con enojo en ella, que no había arreglado el cuarto. La idea de que en adelante nada estaría en su lugar y que no cabría esperar ni exigirle le molestaba. Los pensamientos llegaban con un aire de culpa que lo enojaba aún más. Algo se le enredaba adentro feamente. Quería insultar a alguien pero no sabía a quién.

Descubrió brevemente y olvidó al instante que la odiaba, que le molestaba su presencia porque lo señalaba impune, ajeno, extraño al destino de ella. "Es ella y no yo", le repetía cuanto los había unido hasta entonces.

Tuvo miedo, miedo de esforzarse empujando por la culpa hasta confundirse con ella. Miedo de sentirse obligado. Vergüenza de ser aparte. Estiró las piernas reparando en su propio cuerpo, sin poder evitarlo. Allí sus piernas, sus músculos y tendones. La piel. Quiso olvidarse un poco y caminó por la casa jugando a no tener sentido, acometiendo acciones gratuitas. Igual que un loco o un niño.

Cuando ella llegó, el enojo se había disipado y desde que el llavín penetró en la cerradura y escuchó sus pasos en el hall, o antes, cuando la escuchó llegar identificando el gozne de la puerta de entrada, lo envolvió por completo un aire culpable que no podía dejar de transmitir con su rostro. Se sintió farsante, sintió que el gesto de preocupación compungida que exhibía nacía obligado por las circunstancias, que ella lo obligaba, que no era legítimo.

—¿Qué te dijo el doctor?—, se escuchó a sí mismo decir con voz que denotaba lo gratuito de las palabras.

—Lo que esperaba. Que sí, que pases a hablar con él. No sé para qué.

—Yo tengo que saber a ciencia cierta todo—, contestó.

Nuevamente se sintió falso, más que antes, y también sintió coraje, en parte contra ella porque no desconocía que él estaba aparte, que no era él quien de todas formas iba a saber, en realidad. Y como si ella fuera gestora de aquel extremo en el cual solo a precio de su propia vida podría alcanzarla tuvo ganas de golpear aquel cuerpo con su puño, de golpearlo mucho, hasta el fin, hasta que ya nunca más la distancia de sus cuerpos, de sus destinos. Quedar en el tiempo como un golpe que determinara el momento de la caída de ella. El, su destino.

—¿Quién puede saber más que yo?—, dijo ella de espaldas dirigiéndose a la cocina, adivinando sus pensamientos...

Aquella noche, la primera, había que tomar una decisión, establecer cómo transcurrirían las que habían de seguir, hasta que fuera necesario. Tomando la delantera él hizo lo único posible, abrir la puerta de la alcoba, cambiarse de ropa y entrar bajo las colchas.

Ella lo siguió sin decir una sola palabra más, sin preguntarle si quería cenar. Como si nada sucediera él comentó que extrañaba a los niños y le preguntó si a ella no le pasaba lo mismo. Ella dijo que no, que esa noche no los extrañaba, que prefería que estuvieran ausentes y se volteó para su lado.

El se quedó invóvil, expectante, rodeado de minutos largos, sin querer saber de ella, de su tiempo, transcurriendo. En algún momento levantó su cabeza y alcanzó a verla. Aquellas facciones que al cerrar los ojos se relajaban. Era el rostro de ella el de tantos años, y fue entonces cuando de repente sintió que la quería. Que la había querido mucho, que su vida entera había girado en torno a ella. Un enorme deseo de llenar el aire de sollozos le atravesó el pecho.

Iba a darle él también la espalda pero comprendió que era el momento de lograr una cercanía, que le debía una cercanía y abandonándose a la desesperación la atrajo hacia sí, volviéndola, apretándola contra su cuerpo. Ella se dejó, y mientras el llanto lo poseía él no recibió ni su rechazo ni su entrega.

En el momento del respiro la apartó y con todo sinceridad buscó sus ojos, sus ojos secos que lo miraban como diciéndole que ella ya había llorado antes, a solas.